



James Joyce

Las Hermanas

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS HERMANAS

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en la edición de NEW YORK, B. W. HUEBSCH (1917) disponible en en.wikisource.org

LAS HERMANAS

Esta vez no había esperanza para él: era el tercer ataque. Noche tras noche había pasado por la casa (era tiempo de vacaciones) y estudiado el cuadrado de la ventana iluminado: y noche tras noche lo había encontrado iluminado de la misma manera, tenue y uniformemente. Si estaba muerto, pensé, vería el reflejo de las velas en la persiana oscurecida, pues sabía que a la cabecera de un cadáver hay que ponerle dos velas. Él me había dicho a menudo: "No me queda mucho tiempo en este mundo", y yo había creído que sus palabras eran vanas. Ahora sabía que eran ciertas. Todas las noches, mientras miraba por la ventana, me decía en voz baja la palabra parálisis. Siempre había sonado extrañamente en mis oídos, como la palabra gnomon en el Euclides y la palabra simonía en el Catecismo. Pero ahora me sonaba como el nombre de algún ser maléfico y pecaminoso. Me llenaba de temor y, sin embargo, anhelaba estar más cerca de él y contemplar su obra mortal.

El viejo Cotter estaba sentado junto al fuego, fumando, cuando bajé a cenar. Mientras mi tía me servía la comida, dijo, como si volviera a hacer un comentario anterior:

"No, no diría que era exactamente... pero había algo raro... había algo extraño en él. Le diré mi opinión. . . ." Empezó a dar caladas a su pipa, sin duda ordenando su opinión en la cabeza. ¡Viejo loco cansino! Cuando lo conocimos era bastante interesante, hablando de desmayos y gusanos; pero pronto me cansé de él y de sus interminables historias sobre la destilería.

"Tengo mi propia teoría al respecto", dijo. "Creo que fue uno de esos... casos peculiares. . . . Pero es difícil de decir. . . ."

Empezó a dar otra calada a su pipa sin darnos su teoría. Mi tío me vio mirando y me dijo:

"Bueno, así que tu viejo amigo se ha ido, lo lamentarás".

"¿Quién?", dije.

"El padre Flynn".

"¿Está muerto?"

"El Sr. Cotter nos lo acaba de decir. Pasaba por la casa".

Sabía que estaba bajo observación, así que continué comiendo como si la noticia no me hubiera interesado. Mi tío le explicó al viejo Cotter.

"El joven y él eran grandes amigos. El viejo le enseñó mucho, y dicen que le deseaba mucho".

"Que Dios se apiade de su alma", dijo mi tía piadosamente.

El viejo Cotter me miró durante un rato. Sentí que sus pequeños y brillantes ojos negros me examinaban, pero no quise satisfacerlo levantando la vista de mi plato. Volvió a su pipa y finalmente escupió groseramente en la rejilla. "No me gustaría que mis hijos", dijo, "tuvieran mucho que decir a un hombre como ese".

"¿Qué quiere decir, señor Cotter?", preguntó mi tía.

"Lo que quiero decir", dijo el viejo Cotter, "es malo para los niños. Mi idea es: dejar que un muchacho joven corra y juegue con muchachos de su edad y no sea. . . ¿Estoy en lo cierto, Jack?"

"Ese es mi principio también", dijo mi tío. "Que aprenda a boxear en su esquina. Eso es lo que siempre le digo a ese Rosacruz: que haga ejercicio. Cuando era un niño, todas las mañanas de mi vida me bañaba con agua fría, en invierno y en verano. Y eso es lo que me queda ahora. La educación está muy bien y es grande. . . . El Sr. Cotter podría elegir esa pierna de cordero", añadió a mi tía.

"No, no, para mí no", dijo el viejo Cotter.

Mi tía sacó el plato de la cámara y lo puso sobre la mesa.

"¿Pero por qué cree que no es bueno para los niños, señor Cotter?", preguntó.

"Es malo para los niños", dijo el viejo Cotter, "porque sus mentes son muy impresionables. Cuando los niños ven cosas así, ya sabes, tiene un efecto. . . ."

Me tapé la boca con un gesto por miedo a dar rienda suelta a mi ira. ¡Viejo imbécil de nariz roja!

Era tarde cuando me dormí. Aunque estaba enfadado con el viejo Cotter por aludir a mí como a un niño, me rompí la cabeza para extraer el significado de sus frases inacabadas. En la oscuridad de mi habitación imaginé que volvía a ver el pesado rostro gris del paralítico. Me tapé la cabeza con las mantas y traté de pensar en la Navidad. Pero el rostro gris me seguía. Murmuraba; y comprendí que deseaba confesar algo. Sentí que mi alma retrocedía a alguna región placentera y viciosa; y allí la encontré de nuevo esperándome. Comenzó a confesarse con voz murmurante y me pregunté por qué sonreía continuamente y por qué los labios estaban tan húmedos de saliva. Pero entonces recordé que había muerto de parálisis y sentí que yo también sonreía débilmente como para absolver al simoníaco de su pecado.

A la mañana siguiente, después del desayuno, bajé a ver la casita de la calle Gran Bretaña. Era una tienda sin pretensiones, registrada bajo el vago nombre de Drapery. La pañería consistía principalmente en patucos y paraguas para niños; y en los días ordinarios solía colgar en el escaparate un anuncio que decía: Paraguas Recubiertos. Ahora no se veía ningún aviso porque las persianas estaban subidas. Un ramo de crape estaba atado a la aldaba de la puerta con una cinta. Dos mujeres pobres y un chico de los telegramas estaban leyendo la tarjeta clavada en el crape. Yo también me acerqué y leí:

1 de julio de 1895

El reverendo James Flynn (antes de la iglesia de S. Catherine, en la calle Meath), de sesenta y cinco años de edad.

R. I. P.

La lectura de la tarjeta me convenció de que estaba muerto y me inquietó el hecho de encontrarme en jaque. Si no hubiera muerto, habría entrado en la pequeña y oscura habitación que hay detrás de la tienda para encontrarlo sentado en su sillón junto al fuego, casi sofocado en su gran abrigo. Tal vez mi tía me hubiera dado un paquete de tostadas para él y este regalo lo hu-

biera despertado de su aturdimiento. Siempre era yo quien vaciaba el paquete en su tabaquera negra, pues sus manos temblaban demasiado para permitirle hacerlo sin derramar la mitad del rapé por el suelo. Incluso cuando levantaba su gran y temblorosa mano hacia la nariz, pequeñas nubes de humo se escurrían entre sus dedos por la parte delantera de su abrigo. Es posible que estas constantes lluvias de rapé dieran a sus antiguas prendas sacerdotales su aspecto verde y descolorido, ya que el pañuelo rojo, ennegrecido, como siempre, por las manchas de rapé de una semana, con el que intentaba quitarse los granos caídos, era bastante ineficaz.

Quise entrar a verlo, pero no tuve el valor de llamar a la puerta. Me alejé lentamente por el lado soleado de la calle, leyendo a mi paso todos los anuncios teatrales de los escaparates. Me pareció extraño que ni yo ni el día pareciéramos estar de luto y me sentí incluso molesto al descubrir en mí una sensación de libertad, como si me hubiera liberado de algo con su muerte. Me extrañaba esto porque, como había dicho mi tío la noche anterior, él me había enseñado mucho. Había estudiado en el colegio irlandés de Roma y me había enseñado a pronunciar correctamente el latín. Me había contado historias sobre las catacumbas y sobre Napoleón Bonaparte, y me había explicado el significado de las diferentes ceremonias de la misa y de las diferentes vestimentas que llevaba el sacerdote. A veces se divertía haciéndome preguntas difíciles, preguntándome qué había que hacer en determinadas circunstancias o si tales o cuales pecados eran mortales o veniales o sólo imperfecciones. Sus preguntas me mostraban cuán complejas y misteriosas eran ciertas instituciones de la Iglesia que yo siempre había considerado como los más simples actos. Los deberes del sacerdote hacia la Eucaristía y hacia el secreto del confesionario me parecían tan serios que me preguntaba cómo alguien había encontrado en sí mismo el valor para emprenderlos; y no me sorprendió cuando me dijo que los padres de la Iglesia habían escrito libros tan gruesos como el Directorio de la Oficina de Correos y tan estrechamente impresos como los avisos de la ley en el periódico, dilucidando todas estas intrincadas cuestiones. A menudo, cuando pensaba en esto, no podía responder, o sólo una respuesta muy tonta y vacilante, ante la cual él solía sonreír y asentir con la cabeza dos o tres veces. A veces me hacía repasar las respuestas de la misa que me había hecho aprender de memoria; y, mientras yo repetía, él sonreía pensativo y asentía con la cabeza, introduciendo de vez en cuando enormes pellizcos de rapé en cada fosa nasal. Cuando sonreía, descubría sus grandes dientes descoloridos y dejaba la len-

gua sobre el labio inferior, un hábito que me había hecho sentir incómodo al principio de nuestra relación, antes de que lo conociera bien.

Mientras caminaba bajo el sol, recordé las palabras del viejo Cotter y traté de recordar lo que había sucedido después en el sueño. Recordé que me había fijado en unas largas cortinas de terciopelo y en una lámpara oscilante de estilo antiguo. Sentí que había estado muy lejos, en alguna tierra donde las costumbres eran extrañas, en Persia, pensé. . . . Pero no podía recordar el final del sueño.

Por la noche, mi tía me llevó a visitar la casa del luto. Era después de la puesta de sol, pero los cristales de las ventanas de las casas que daban al oeste reflejaban el oro leonado de un gran banco de nubes. Nannie nos recibió en el vestíbulo; y, como hubiera sido indecoroso gritarle, mi tía le dio la mano a todos. La anciana señaló interrogativamente hacia arriba y, ante el asentimiento de mi tía, procedió a subir la estrecha escalera que teníamos delante, con la cabeza inclinada apenas por encima del nivel de la barandilla. En el primer rellano se detuvo y nos hizo una señal alentadora hacia la puerta abierta de la habitación de los muertos. Mi tía entró y la anciana, al ver que yo dudaba en entrar, comenzó a hacerme repetidas señas con la mano.

Entré de puntillas. La habitación, a través del extremo de encaje de la persiana, estaba impregnada de una luz dorada y oscura, en medio de la cual las velas parecían pálidas llamas. Había sido atajado. Nannie nos dio la pista y los tres nos arrodillamos a los pies de la cama. Fingí rezar, pero no pude ordenar mis pensamientos porque los murmullos de la anciana me distraían. Me fijé en la torpeza con la que se enganchaba la falda por detrás y en los tacones de sus botas de tela, que estaban pisados hacia un lado. Se me ocurrió que el viejo cura sonreía mientras yacía en su ataúd.

Pero no. Cuando nos levantamos y subimos a la cabecera de la cama vi que no sonreía. Allí yacía, solemne y copioso, revestido como para el altar, con sus grandes manos sosteniendo con holgura un cáliz. Su rostro era muy truculento, gris y macizo, con los orificios nasales negros y cavernosos y rodeado de un escaso pelaje blanco. Había un fuerte olor en la habitación: las flores.

Nos persignamos y nos alejamos. En la pequeña habitación de abajo encontramos a Eliza sentada en su sillón en estado. Me dirigí a tientas hacia

mi silla habitual en el rincón, mientras Nannie iba al aparador y sacaba una jarra de jerez y algunas copas de vino. Las puso sobre la mesa y nos invitó a tomar una copita de vino. Luego, a instancias de su hermana, sirvió el jerez en las copas y nos las pasó. Me presionó para que tomara también unas galletas de nata, pero me negué porque pensé que haría demasiado ruido al comerlas. Ella pareció sentirse algo decepcionada por mi negativa y se dirigió en silencio al sofá, donde se sentó detrás de su hermana. Nadie habló: todos miramos la chimenea vacía.

Mi tía esperó hasta que Eliza firmó y luego dijo:

"Ah, bueno, se ha ido a un mundo mejor".

Eliza volvió a suspirar e inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Mi tía acarició el tallo de su copa de vino antes de dar un pequeño sorbo.

"¿Se fue... pacíficamente?", preguntó.

"Oh, muy tranquilamente, señora", dijo Eliza. "No se podía decir cuando se le fue el aliento. Tuvo una hermosa muerte, alabado sea Dios".

"¿Y el resto...? "

"El padre O'Rourke estuvo con él un martes y lo ungió y lo preparó y todo."

"¿Lo sabía entonces?"

"Estaba bastante resignado".

"Parece bastante resignado", dijo mi tía.

"Eso es lo que dijo la mujer que vino a despedirlo. Dijo que parecía que estaba dormido, que parecía tan tranquilo y resignado. Nadie pensaría que sería un cadáver tan hermoso".

"Sí, efectivamente", dijo mi tía.

Ella bebió un poco más de su vaso y dijo:

"Bueno, señorita Flynn, en todo caso debe ser un gran consuelo para usted saber que hizo todo lo que pudo por él. Debo decir que ambas fueron muy amables con él".

Eliza alisó su vestido sobre sus rodillas. "¡Ah, pobre James!", dijo. "Dios sabe que hicimos todo lo que pudimos, con lo pobres que somos; no quisi-

mos que le faltara nada mientras estuvo aquí".

Nannie había apoyado la cabeza en la almohada del sofá y parecía estar a punto de dormirse.

"Ahí está la pobre Nannie", dijo Eliza, mirándola, "está agotada. Todo el trabajo que tuvimos, ella y yo, trayendo a la mujer para que lo lavara y luego tendiéndolo y luego el ataúd y luego arreglando lo de la misa en la capilla. Solamente por el Padre O'Rourke no sé qué habíamos hecho en realidad. Fue él quien nos trajo todas las flores y los dos candelabros de la capilla y escribió el aviso para el Freeman's General y se encargó de todos los papeles del cementerio y del seguro del pobre James".

"¿No fue bueno de su parte?", dijo mi tía.

Eliza cerró los ojos y sacudió la cabeza lentamente.

"Ah, no hay amigos como los viejos amigos", dijo, "cuando todo está dicho y hecho, no hay amigos en los que un cuerpo pueda confiar".

"En efecto, eso es cierto", dijo mi tía. "Y estoy segura de que ahora que ha ido a su recompensa eterna no te olvidará a ti ni a toda tu amabilidad con él".

"¡Ah, pobre James!" dijo Eliza. "No fue un gran problema para nosotros. No se le oía en la casa más que ahora. Sin embargo, sé que se ha ido y todo eso. . . ."

"Es cuando todo acabe cuando lo echarás de menos", dijo mi tía.

"Ya lo sé", dijo Eliza. "Ya no le llevaré su taza de té de carne, ni usted, señora, le enviará su rapé. Ah, pobre James!"

Se detuvo, como si estuviera en comunión con el pasado, y luego dijo astutamente

"Me di cuenta de que había algo extraño en él últimamente. Cada vez que le llevaba la sopa lo encontraba con el breviario caído en el suelo, recostado en la silla y con la boca abierta".

Se puso un dedo en la nariz y frunció el ceño: luego continuó:

"Pero seguía diciendo que antes de que terminara el verano saldría a dar un paseo en coche para volver a ver la vieja casa donde nacimos en Irish-

town y nos llevaría a mí y a Nannie con él. Si pudiéramos conseguir uno de esos carruajes nuevos que no hacen ruido, de los que le habló el padre O'Rourke, con ruedas reumáticas, por un día barato -dijo- en casa de Johnny Rush, en el camino, y salir los tres juntos un domingo por la noche. Tenía la mente puesta en eso. . . . ¡Pobre James!"

"¡El Señor se apiade de su alma!", dijo mi tía.

Eliza sacó su pañuelo y se limpió los ojos con él. Luego se lo volvió a meter en el bolsillo y se quedó mirando la rejilla vacía durante un rato sin hablar.

"Siempre fue demasiado escrupuloso", dijo. "Los deberes del sacerdocio eran demasiado para él. Y entonces su vida estaba, podría decirse, cruzada".

"Sí", dijo mi tía. "Era un hombre desencantado. Eso se notaba".

Un silencio se adueñó de la pequeña habitación y, amparado en él, me acerqué a la mesa y probé mi jerez y luego volví tranquilamente a mi silla en el rincón. Eliza parecía haber caído en un profundo letargo. Esperamos respetuosamente a que rompiera el silencio y, tras una larga pausa, dijo lentamente

"Fue ese cáliz el que rompió. . . . Ese fue el comienzo. Por supuesto, dicen que estaba bien, que no contenía nada, quiero decir. Pero aun así. . . . Dicen que fue culpa del chico. Pero el pobre James estaba tan nervioso, ¡que Dios se apiade de él!"

"¿Y es eso?", dijo mi tía. "Oí algo. . . ."

Eliza asintió.

"Eso afectó a su mente", dijo. "Después de eso empezó a deprimirse solo, sin hablar con nadie y vagando solo. Así que una noche lo buscaron para ir a una visita y no pudieron encontrarlo en ninguna parte. Buscaron en lo alto y en lo bajo, pero no lo vieron por ninguna parte. Entonces, el empleado sugirió que probaran en la capilla. Así que cogieron las llaves y abrieron la capilla y el secretario y el padre O'Rourke y otro sacerdote que estaba allí trajeron una luz para buscarlo... . . . ¿Y qué crees que era, sino que estaba sentado solo en la oscuridad en su confesionario, bien despierto y riéndose suavemente para sí mismo?"

Se detuvo de repente como para escuchar. Yo también escuché, pero no se oía nada en la casa, y supe que el viejo sacerdote seguía acostado en su ataúd, tal como lo habíamos visto, solemne y truculento en la muerte, con un cáliz ocioso sobre el pecho.

Eliza reanudó:

"Muy despierto y riendo para sí mismo. . . . Así que, por supuesto, cuando vieron eso, eso les hizo pensar que había algo mal en él. . . ."

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB